

El Oficial del Ejército y la Primera Enmienda

Coronel (R) Lloyd J. Matthews, Ejército de EE.UU.

Tomado de la revista *ARMY*, número de enero de 1998.

LA CONSTITUCIÓN firmada por los fundadores de la nación el día 17 de septiembre de 1787, dispuso sensatamente la dirección y control de los servicios armados nacionales: “El Congreso tendrá la autoridad de . . . promulgar las leyes para el gobierno y la reglamentación de las fuerzas terrestres y navales” (Artículo 1, Sección 8); “el Presidente será el Comandante en Jefe del Ejército y de la Armada” (Artículo II, Sección 2). Las diez enmiendas iniciales, aprobadas el día 15 de diciembre de 1791, llegaron a conocerse colectivamente como la “Declaración de los Derechos” y, también sensatamente, garantizaron a los ciudadanos la libertad de manifestar su punto de vista: “El Congreso no promulgará ninguna ley. . . que infrinja la libertad de expresión, ni la de la prensa”. (I Enmienda)

Si las disposiciones de nuestra Constitución son tan sensatas, ¿cuál es el problema? El problema estriba en el hecho de que, en la reglamentación y mando de las fuerzas armadas, los líderes de las naciones exitosas desde tiempo inmemorial, se han visto en la obligación de infringir en alguna medida la libertad de expresión de los integrantes de las fuerzas, como consecuencia de las necesidades militares. Esta autoridad, de la cual depende la misma supervivencia de nuestra nación, debe conciliarse con la libertad de expresión concedida a todos los ciudadanos, y de la cual depende la supervivencia de nuestra democracia.

En sus esfuerzos por descubrir una solución a este dilema, algunos historiadores expertos en el derecho militar de los Estados Unidos, han argumentado que la Declaración de los Derechos no fue redactada para aplicarse a los militares y, en efecto, es posible citar importantes evidencias que respaldan esta opinión. Sin embargo la paulatina acumulación de decisiones legales tomadas de casos presentados posteriormente, apunta hacia una posición más temperada, por cuanto estable-

ce que la libertad de expresión garantizada por la Primera Enmienda se aplica por lo general a los militares, al mismo tiempo que admite limitaciones significativas de esta libertad en ciertas ocasiones; limitaciones que son, desde luego, mucho más severas que aquéllas que se les pueden imponer a los civiles.

Aunque el principio de la Primera Enmienda cubre a todos los militares, el grado exacto en que ha sido establecido aún es ambiguo. Es decir, los temas sobre los que pueden hablar los soldados y las circunstancias en las que pueden hacerlo, como también aquéllas en las cuales deben guardar silencio, aún no han sido completamente aclarados por las Cortes. Tampoco podemos esperar que estas decisiones se resuelvan en un futuro próximo. Las cortes se afanan en proteger la seguridad operacional, y ven muy de reojo cualquier reclamo por parte de un soldado que quizás represente una amenaza real al buen orden y disciplina militar. No obstante esta realidad, la cuestión relativa a la legalidad de censurar lo expresado por los militares, por motivos de discreción y política —elementos éstos que comúnmente constituyen las bases de tal censura en la actualidad— todavía está por ser analizada y resuelta en forma definitiva, por las máximas autoridades judiciales.

FINALMENTE, la situación resultante deja al militar profesional confundido, pues es él que posee más conocimientos sobre las exigencias de la defensa nacional, y se encuentra potencialmente en las posiciones más adecuadas para hacer un aporte decisivo y creíble al diálogo sobre la defensa nacional. Detlev Vagts ha presentado el clásico caso de permitir que los oficiales militares de las naciones democráticas expresen sus opiniones en foros públicos sobre asuntos relacionados con la política de defensa nacional:

Al evitar que las opiniones extraoficiales se ofrez-



El presidente Franklin D. Roosevelt y el Gral. Dwight D. Eisenhower, rumbo a Egipto para la Conferencia del Cairo, diciembre de 1943.

Me dijo que mis ideas no sólo eran erróneas sino también peligrosas y que de ahí en adelante me las callara. Especialmente, no se me permitía publicar nada que fuera incompatible con la doctrina vigente de infantería. De hacerlo, me llevarían ante un consejo de guerra. (Dwight D. Eisenhower, At Ease: Stories I Tell to Friends, 1967).

can en el mercado de las ideas militares, permitimos un monopolio perjudicial a la doctrina oficial, lo que nos puede llevar a un nivel de estancamiento intelectual y de ineficiencia que no podremos tolerar en estos tiempos acelerados y peligrosos. Con prohibirles a los oficiales capaces de pensar en forma independiente expresar sus puntos de vista, fomentamos la pereza mental, y al Departamento de Defensa, al Congreso y a los votantes les privamos de una fuente de información valiosa; amenazando con disminuir aún más la lista, desde ya reducida, de oficiales norteamericanos que hacen una contribución duradera al pensamiento militar. ("Free Speech in the Armed Forces", Columbia Law Review, 1957).

Sin embargo, a pesar de la obligación profesional de difundir su vista profesional entre la población, los oficiales militares son, en última instancia, miembros del poder ejecutivo del Gobierno, posición que de por sí implica múltiples obligaciones y poderosas y cercanas lealtades. ¿Cómo, entonces, se resuelve la tensión resultante entre las exigencias internas de manifestar su permanente conformidad con su servicio, como parte de la defensa nacional dirigida por el comandante en jefe, y la obligación externa de hablar con honestidad y franqueza a la nación, al Congreso y a los ciudadanos? ¿Cómo es que los oficiales del Ejército del pasado

lucharon con la cuestión de cuándo les correspondía o no expresarse en forma abierta? A través del análisis de sus experiencias, es posible sacar lecciones muy útiles para todos los oficiales que aspiren a ascender en la jerarquía militar y en las responsabilidades que ello implica.

Mayor Dwight D. Eisenhower. Eisenhower recibió su lección sobre las limitaciones impuestas a la libertad de expresión del soldado en la época posterior a la I Guerra Mundial, cuando comenzaron a surgir cuestiones respecto al futuro de los medios blindados: ¿Quién habría de tomar la delantera en la construcción de mejores tanques y en la elaboración de una doctrina de guerra blindada y su empleo?

El Acta de Defensa Nacional de 1920 efectivamente desorganizó el Cuerpo de Tanques, el cual había sido instituido como parte de las Fuerzas Expedicionarias Norteamericanas en el año 1918, y transfiriendo los tanques y a su personal a diferentes unidades de infantería (más bien que de caballería) con base en los Estados Unidos. Eisenhower, un soldado de infantería, colaborando intelectualmente con George S. Patton, de la caballería, se entusiasmó ante la posibilidad de integrar los tanques en las unidades de infantería en configuraciones tácticas, y exploró sus ideas al respecto en un artículo titulado "A Tank Discussion" (Una discusión

Aunque el principio de la Primera Enmienda cubre a todos los militares, el grado exacto en que ha sido establecido aún es ambiguo. Es decir, los temas sobre los que pueden hablar los soldados y las circunstancias en las que pueden hacerlo, como también aquéllas en las cuales deben guardar silencio, aún no han sido completamente aclarados por las Cortes. Tampoco podemos esperar que estas decisiones se resuelvan en un futuro próximo. Las cortes se afanan en proteger la seguridad operacional, y ven muy de reojo cualquier reclamo por parte de un soldado que quizás represente una amenaza real al buen orden y disciplina militar. No obstante esta realidad, la cuestión relativa a la legalidad de censurar lo expresado por los militares, por motivos de discreción y política —elementos éstos que comúnmente constituyen las bases de tal censura en la actualidad— todavía está por ser analizada y resuelta en forma definitiva, por las máximas autoridades judiciales.

sobre tanques), publicado en el número de noviembre de 1920 de la revista, *Infantry Journal*. No sólo expresó su entusiasmo por el futuro del tanque en la guerra futura, sino que el joven oficial también se aventuró a estudiar tales ideas como el reemplazo del batallón de ametralladoras por una compañía o más de tanques. El tacto y la moderación del autor establecieron el tono de su artículo, por lo cual difícilmente se le puede detectar cualquier indicio de fanatismo doctrinario.

No obstante su reserva, el artículo ofendió al poderoso Jefe de la Infantería, el general de división Charles S. Farnsworth, quien ordenó a Eisenhower presentarse ante él. A continuación se encuentra la descripción de la entrevista sostenida, en las palabras del propio Eisenhower:

*Me dijo que mis ideas no sólo eran erróneas sino también peligrosas y que de ahí en adelante me las callara. Especialmente, no se me permitía publicar nada que fuera incompatible con la doctrina vigente de infantería. De hacerlo, me llevarían ante un consejo de guerra. (Dwight D. Eisenhower, *At Ease: Stories I Tell to Friends*, 1967).*

Puesto que muchos oficiales superiores de caballería

se mostraban renuentes a aceptar cualquier máquina como reemplazo del caballo, y debido a que los oficiales superiores de la infantería, tales como el general Farnsworth, no podían imaginarse ni siquiera la posibilidad de modificar sus organizaciones tradicionales para integrar el tanque, el concepto de una fuerza blindada compuesta de estas armas combinadas quedó obstaculizado por la inercia burocrática.

Posiblemente desmoralizado por los recuerdos de su encuentro con el general Farnsworth, el Eisenhower de la II Guerra Mundial generalmente se mostraba propenso a favorecer la libertad de expresión en sus tratos con las “lenguas poco cautelosas” de sus subordinados; sin embargo, en su rol como presidente y director supremo de los esfuerzos estadounidenses en la Guerra Fría, estaba poco dispuesto a tolerar cualquier crítica por parte de sus asesores militares de la política oficial de la administración.

General de división Johnson Hagood. El general Hagood, sobrino de un general de brigada del mismo nombre quien sirvió como comandante del Ejército Confederado durante la Guerra Civil, se distinguió en la I Guerra Mundial en sus funciones como jefe de estado mayor del Servicio de Abastecimientos, en las Fuerzas Expedicionarias Estadounidenses. En virtud de su don de palabra, sus fuertes opiniones y su profundo interés en los asuntos tanto internos como internacionales, le correspondió redactar gran parte de la legislación del Ejército y fue autor de varios libros y artículos sobre temas militares.

DURANTE el año electoral de 1936, el presidente Franklin D. Roosevelt luchó por su segundo período en medio de una controversia extraordinaria, provocada por la promulgación anterior de su legislación social denominada el *New Deal*. La controversia se intensificó en 1935, cuando el presidente recurrió a una orden ejecutiva para crear la llamada Administración de Desarrollo de Obras, siendo ésta una inmensa y costosa burocracia diseñada para permitir la materialización de una amplia variedad de proyectos artísticos, de recreo y de infraestructura, con el fin de generar empleo para las personas necesitadas. Las críticas a dicho programa se orientaron a la supuesta producción de desperdicios, la carencia en cuanto de planificación y a la irresponsabilidad de los participantes.

En el mes de febrero de 1936, el general Hagood, mientras servía como comandante de Zona del VIII Cuerpo de Ejército con cuartel general en el Fuerte Sam Houston, Texas, tuvo a bien hacer un comentario inoportuno en un foro público, en el cual ridiculizó los gastos costeados con fondos de la Administración del Desarrollo de Obras. El presidente no demoró en relevarlo del mando, provocando con este acto de repres-



El general de división George S. Patton asoma desde la torreta de su tanque.

El general Patton estaba propenso a hacer comentarios terriblemente impertinentes en público, pero su ejemplo les enseña a los oficiales de la posteridad una lección más general: una vez que un líder militar alcance la celebridad —especialmente si es una persona controvertida— cada una de sus palabras y acciones será analizada bajo el microscopio del escrutinio malsano del público. Debe medir cada pronunciación pública de acuerdo con esta realidad.

lia, la fuerte crítica de amplios sectores del público. Resultó que el general Hagood fue reintegrado en el mes de mayo de 1936, asumiendo como comandante de Zona del VI Cuerpo de Ejército con cuartel general en Chicago. Menos de 48 horas después de asumir el mando, entregó sus documentos de retiro, anunciando con ello que su reintegración había sido “interpretada por mis amigos como una reivindicación”. El año después, publicó el libro, *We Can Defend America* (Podemos defender a los Estados Unidos), en el cual abogó, con su brusquedad de siempre, por la combinación de una política exterior aislacionista, el conservadurismo fiscal y el entrenamiento militar fundamental.

General George S. Patton, hijo. George Patton era un combatiente, nada diplomático, y formaba parte de su carácter que de vez en cuando soltaba disparates. Un caso ilustrativo tuvo lugar en el mes de abril de 1944, en Inglaterra, donde el entonces teniente general Patton estaba preparando al Tercer Ejército para su asalto en Normandía.

Como parte de un plan de engaño enredado, cuyo objetivo fue el de convencer a los alemanes de que el ataque principal se iba a lanzar contra Calais, Francia, se difundió el rumor genial de que Patton comandaba al

Primer Grupo de Ejército (unidad ficticia, en realidad), durante su supuesto cruce desde Dover hasta Calais. En aras de aumentar la credibilidad de la ilusión, a Patton se le ordenó hacer acto de presencia altamente visible en los alrededores de Dover, orden que cumplió con creces. Aceptó una invitación de presentar un discurso el día de 25 de abril, en ocasión de la inauguración de un casino militar patrocinado por los británicos para las tropas estadounidenses, seleccionando como tema la unidad anglo-americana. Según varios relatos posteriores al evento, el general hizo varios comentarios controvertidos, tales como el siguiente: “Es el destino evidente de los británicos y de los estadounidenses gobernar al mundo”.

En cuestión de horas se diseminó esta noticia a todas partes del mundo, con resultados calamitosos en el Ejército. El general George C. Marshall se encolerizó. Los republicanos se afanaron por criticar la “intromisión” de Patton en asuntos políticos. Una lista de oficiales nombrados para ascender, que en ese momento se encontraba en manos del Congreso, se puso en peligro. Marshall y Eisenhower finalmente pudieron tranquilizar la situación, pero sólo después que Eisenhower le reprendió personalmente a Patton.

En el mes de febrero de 1936, el general Hagood, mientras servía como comandante de Zona del VIII Cuerpo de Ejército con cuartel general en el Fuerte Sam Houston, Texas, tuvo a bien hacer un comentario inoportuno en un foro público, en el cual ridiculizó los gastos costeados con fondos de la Administración del Desarrollo de Obras. El presidente no demoró en relevarlo del mando, provocando con este acto de represalia, la fuerte crítica de amplios sectores del público.

Diez y siete meses después, el general Patton provocó otro problema. Cuando aún se encontraba al mando del Tercer Ejército durante los días iniciales de la ocupación, Patton enfrentó la labor prodigiosa de restaurar los ferrocarriles destruidos y las obras públicas en su sector bávaro. Ante la escasez de gerentes locales con la experiencia requerida, hizo caso omiso a los reglamentos que le prohibían emplear a personas anteriormente adscritas al partido Nazi. Cuando se descubrió esta transgresión, explicó sus acciones a los medios de comunicación de la siguiente manera:

Ahora bien, yo se lo digo a claras. Este asunto de los Nazis. Es exactamente igual a una riña electoral entre los republicanos y los demócratas. . . . Aquellos que actualmente no están en el poder constantemente están acusando a quienes lo tienen de ser Nazis. . . . Más de la mitad de la población alemana era partidaria de los Nazis y uno se encontraría en un lío infernal si tratara de recordar los nombres de todos los miembros del partido Nazi. (Citado en Omar N. Bradley, *A Soldier's Story*, 1951)

El furor subsecuente fue seguro y rápido. Eisenhower, de nuevo en la posición de tener que proteger a Patton, optó por relevarlo de su puesto como comandante del Tercer Ejército, relegándolo al mando del 15° Ejército. Dicho "Ejército" era, en realidad, nada más que una organización burocrática compuesta de un grupo de estado mayor, al que se le había asignado la tarea de redactar un análisis crítico de la campaña recién terminada, respaldado por un reducido grupo de tropas. Menos de tres meses después murió el general Patton en un accidente de automóvil.

El general Patton estaba propenso a hacer comentarios terriblemente impertinentes en público, pero su ejemplo les enseña a los oficiales de la posteridad una lección más general: una vez que un líder militar alcan-

ce la celebridad —especialmente si es una persona controvertida— cada una de sus palabras y acciones será analizada bajo el microscopio del escrutinio malsano del público. Debe medir cada pronunciación pública de acuerdo con esta realidad.

General del Ejército Douglas MacArthur. Se han escrito libros completos sobre la controversia entre el presidente Truman y el general MacArthur, culminando con el relevo de éste de su puesto como comandante del teatro del Lejano Oriente el día 11 de abril de 1951, casi en el mismo momento cuando las diez divisiones del Octavo Ejército iniciaron su embestida a través del 38° paralelo, entrando en Corea del Norte.

No hay necesidad de machacar la historia en el presente artículo, pues el objetivo es más bien desarrollar el argumento de que la riña entre Truman y MacArthur, por más acertadamente que la interpreten los estudiosos de la ciencia política al describirla como una crisis histórica en las relaciones cívico-militares en los Estados Unidos, también constituyó una prueba práctica de las limitaciones impuestas a la libertad de expresión de un oficial en servicio activo. Aunque MacArthur haya sido culpable de insubordinación, de irresponsabilidad o incluso de usurpación, el conflicto no se desencadenó en confrontaciones cara a cara con sus superiores, ni siquiera en comunicaciones discretas transmitidas a través de los medios electrónicos, sino a través de las reclamaciones del general dirigidas a un público global.

El asunto fundamental que separaba a estos dos hombres obstinados era la cuestión de cómo responder a la China comunista, cuya entrada en la guerra en octubre de 1950 cambió totalmente la situación militar. Básicamente MacArthur abogaba por lanzar ataques aéreos contra los refugios chinos al norte del río Yalu en Manchuria, al mismo tiempo que favorecía la incorporación activa de las fuerzas de la China Nacionalista en el esfuerzo bélico. Truman, por otra parte, temía incitar una guerra de mayor envergadura, por lo cual impuso limitaciones operacionales concebidas para confinar el conflicto a la península coreana.

No obstante los esfuerzos de los Jefes del Estado Mayor Conjunto por persuadir a MacArthur a conformarse con la política nacional en sus declaraciones públicas, el general continuó expresando sus opiniones de manera que provocaron la ira de la administración y la confusión de los aliados. Los eventos que finalmente obligaron al presidente a tomar una acción decisiva, fueron un pronunciamiento público del general MacArthur, hecho el día 24 de marzo de 1951, en el cual el general socavó los planes de la administración para iniciar negociaciones de paz con la China comunista, y la difusión pública de una carta escrita por MacArthur al líder del partido de la minoría en la Cámara de Representantes, Joseph Martin, en la cual manifiesta su deseo de



El Gral. Douglas MacArthur conversa con el presidente Harry S. Truman.

Se han escrito libros completos sobre la controversia entre el presidente Truman y el general MacArthur, culminando con el relevo de éste de su puesto como comandante del teatro del Lejano Oriente el día 11 de abril de 1951, casi en el mismo momento cuando las diez divisiones del Octavo Ejército iniciaron su embestida a través del 38° paralelo, entrando en Corea del Norte.

adoptar una actitud más agresiva para con la referida potencia continental. El general fue relevado seis días después de este último incidente.

Resulta imposible saber a ciencia cierta si MacArthur realmente se había convencido de que podía contrariar al comandante en jefe ante un mundo de espectadores e imponer su propia voluntad a la política nacional, y si creía que podía hacerlo sin perder su mando. Aún sin aceptar de lleno la famosa máxima de que el poder corrompe, originalmente planteada por el Sr. John E. Acton, incuestionablemente tenemos que aceptar que MacArthur, tras haber servido durante más de 30 años en el grado de general y habiéndose acostumbrado a prestar servicios en puestos que le permitían determinar los destinos de naciones enteras, presumió un grado de poder personal que les resulta inconcebible incluso a los oficiales de más alta jerarquía en el Ejército actual.

Esta presunción imperial les ofrece un ejemplo muy poco útil a los oficiales contemporáneos. Sin embargo, en su voluntad de arriesgar manchar su reputación histórica a través de la expresión pública de su desacuerdo

con las autoridades civiles, el caso de MacArthur sigue siendo extremadamente ilustrativo.

General de división John K. Singlaub. El verano y el otoño de 1976 fueron periodos de elevadas tensiones en Corea. El dictador norcoreano Kim Il-Sung aún estaba en el poder, la Guerra Fría alcanzaba su apogeo, y 50.000 soldados norcoreanos se encontraban posicionados en actitud agresiva, justamente al norte de la zona desmilitarizada. Las provocaciones de los norcoreanos a lo largo de la línea de contacto habían llegado a ser cosa rutinaria. El día 18 de agosto, los norcoreanos asaltaron a un destacamento del Comando de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), que se había mandado a la zona neutral para podar las ramas inferiores de un álamo que estaban ofuscando la visibilidad entre dos puntos de control del Comando de la ONU. Los norcoreanos se fijaron específicamente en dos oficiales del Ejército estadounidense —el capitán Arthur Bonifas y el teniente Mark Barrett— y los mataron brutalmente a golpes. Tres días después, un grupo complementario contundente, contando con apoyo

El día 27 de abril de 1978, [el Gral. de Div. John Singlaub] presentó un discurso ante los cadetes en la Universidad Técnica de Georgia, habiéndoles entregado el texto del discurso a los oficiales de relaciones públicas para obtener su aprobación previo a la exposición. Los organizadores del evento le aseguraron que, con miras a promover la máxima honestidad, se les iba a invitar a los oyentes a hacer preguntas oficiosas después de la presentación del general. Entre las preguntas planteadas fueron algunas sobre temas especialmente delicados, que se refirieron a las cuatro decisiones de política recién anunciadas por la administración de Carter. . . . El general Singlaub expresó su oposición a la política de la administración en cada uno de estos asuntos.

de todas las fuerzas estadounidenses y surcoreanas en condición de alerta para el combate, entraron a la zona neutral y cortaron el árbol.

Mientras tanto, en los Estados Unidos, el candidato Jimmy Carter estaba inmerso en su campaña electoral contra el entonces presidente Gerald R. Ford, basándose en una plataforma política que exigía la completa retirada de Corea del Sur de todas las tropas de combate terrestres estadounidenses. Carter ganó las elecciones, asumiendo como presidente en el mes de enero de 1977.

Fue en este escenario que el veterano condecorado de combate John Singlaub —quien en ese momento se desempeñaba como jefe de estado mayor del Comando de la ONU, de las Fuerzas Estadounidenses en Corea y del Octavo Ejército— consintió en participar en una espontánea entrevista con John Saar, del diario *The Washington Post*, sobre la cuestión de la retirada de las tropas. Diversos integrantes de su estado mayor le aseguraron a Singlaub que la conversación con Saar, la cual tuvo lugar el día 18 de mayo de 1977, iba a limitarse a los antecedentes de la situación, y que sus comentarios iban a ser completamente oficiosos. Basándose en esta presunción, el general Singlaub conversó en forma abierta y honesta con Saar, después de lo cual el mismo periodista le informó que la entrevista fue efectivamente oficial y que la iba a tratar como tal.

El próximo día, cuando el presidente Carter leyó

la primera plana del periódico mientras desayunaba, sus ojos se clavaron en un artículo cuyo título habría provocado un retorcijón del estómago presidencial: “Según General de EE.UU. : La Retirada de Corea Conlleva Riesgo de Guerra”. El artículo de Saar, en el cual nombró al general Singlaub como fuente de las citas, explicitó las ideas de Singlaub, en el sentido de que la retirada de la 2ª División de Infantería de Corea del Sur, conforme con el plan propuesto, resultaría en un gran aumento del riesgo de una posible invasión desde el Norte, acotando que la mayor parte de los líderes militares estadounidenses, con conocimientos de la situación, coincidían con esa apreciación. Cabe señalar que Saar también citó el comentario condicionante del general Singlaub: “Si se toma esta decisión, vamos a ejecutarla con entusiasmo y con un alto nivel de destreza profesional”.

Un importante punto de contención fue la cuestión de si el general Singlaub había criticado una política vigente de la administración, o más bien pretendía influir en la política en desarrollo. El peso de la evidencia indica cierta duplicidad por parte de la administración, pues hacía ya mucho tiempo que el presidente resolvió retirar a las tropas sin divulgar esta decisión mientras aparentaba cumplir con la exigencia diplomática de “investigar” el asunto. El presidente quería aprovecharse de dos situaciones mutuamente exclusivas, insistiendo por una parte que la decisión aún estaba por resolverse y por ende existía la posibilidad de discutirla, pero por otra se enfureció cuando un militar optó por adoptar la posición “equivocada” en la discusión. El general Singlaub, quien creía que la cuestión todavía estaba sin resolver, expresó una perspectiva contraria y le costó mucho manifestar su opinión.

Inicialmente el presidente Carter quería someter el caso del general Singlaub a un consejo de guerra y degradarlo al rango de general de brigada, pero cuando se le informó que los comentarios del general no eran motivo suficiente para un consejo de guerra, se conformó con reasignarlo en lugar de “disciplinarlo”. La reputación del general ante el presidente fue agravada cuando, menos de un año después, la iniciativa de retirar a las tropas fue rechazada por el Congreso.

El nuevo puesto del general Singlaub fue el de jefe de estado mayor del Comando de las Fuerzas del Ejército de los Estados Unidos, en el Fuerte McPherson, Georgia. Contrario a los recuerdos de muchos supuestos expertos, el incidente que finalmente habría de costarle la carrera militar al general Singlaub no fue lo de Corea, sino que ocurrió durante su período en dicho comando.

El día 27 de abril de 1978, presentó un discurso ante los cadetes en la Universidad Técnica de Georgia, habiéndoles entregado el texto del discurso a los oficiales

El Tte. Gral. Matthew B. Ridgway (a la izquierda) conversa con el Gral. de Bda. Rinaldo Van Brant, sobre la defensa de Seúl, Corea, en el mes de diciembre de 1950.



Los oficiales del Ejército y sus experiencias aquí descritos, de ninguna manera constituyen una lista completa de todos cuyo ejercicio de la libertad supuestamente garantizada por la primera enmienda provocó conflictos con sus superiores; también son ilustrativos los casos del coronel Billy Mitchell, el general de división Leonard Wood, el general Matthew Ridgway, el teniente general Arthur Trudeau, el general de división Edwin Walker, el teniente general Stanley (Swede) Larsen, el teniente coronel Melvin Voorhees. Sin embargo, los ejemplos aquí presentados son lo suficientemente representativos como para permitirnos establecer varios axiomas, basados en el sentido común, que rigen las declaraciones públicas de los oficiales militares.

de relaciones públicas para obtener su aprobación previo a la exposición. Los organizadores del evento le aseguraron que, con miras a promover la máxima honestidad, se les iba a invitar a los oyentes a hacer preguntas oficiosas después de la presentación del general. Entre las preguntas planteadas fueron algunas sobre temas especialmente delicados, que se refirieron a las cuatro decisiones de política recién anunciadas por la administración de Carter: la anulación del programa del bombardero B-1; el término repentino del programa de desarrollo de la llamada bomba de neutrón; una iniciativa para terminar el empate entonces en existencia y finalizar las negociaciones sobre los tratados del Canal de Panamá; y la designación del Sr. Paul Warnke para servir como jefe de la delegación estadounidense en las Negociaciones sobre la Limitación de las Armas Estratégicas. El general Singlaub expresó su oposición a

la política de la administración en cada uno de estos asuntos.

POSTERIORMENTE, los eventos se desencadenaron en forma increíblemente parecida al desarrollo del incidente con el periodista John Saar en Corea, cuando Singlaub se enteró de que nadie le había informado al público de que la sesión de preguntas debía considerarse como oficiosa. Las opiniones del general Singlaub sobre los cuatro temas mencionados se divulgaron casi instantáneamente a los medios noticieros. Mientras el general almorzaba después de presentar su conferencia, sintió ese golpe inevitable en el hombro, y se le informó que según el relato recién difundido por la Associated Press, el general Singlaub había “criticado una vez más las políticas del presidente Carter”. En esta ocasión el presidente no estuvo

[El general de división Robert Schweitzer declaró que los “soviéticos están en movimiento [y] van a atacar”, y que los Estados Unidos “enfrentan el mayor peligro que han visto desde la época de su fundación”. Previó un curso que llevaría inexorablemente a la guerra porque la Unión Soviética, por primera vez, disfrutaba de la “superioridad en cada parte de la tríada estratégica”. También hizo comentarios ominosos sobre Polonia . . . ; el Caribe . . . ; un pacifismo desenfrenado . . . ; el Oriente Medio . . . ; y la prensa (“a veces inventan las noticias, o al menos las exageran”). El periodista Michael Getler citó estos comentarios con lujo de detalles en la primera plana de The Washington Post, en un artículo titulado “NSC Aide Sees ‘a Drift Toward War’” (Un asistente del Consejo de Seguridad Nacional percibe un curso hacia la guerra).

dispuesto a conceder indultos. En lugar de aguantar una batalla interminable, el general Singlaub entregó su pedido de que se lo dejara pasar voluntariamente a situación de retiro, lo cual fue expeditamente aprobado por el indignado secretario del Ejército, el Sr. Clifford Alexander.

Teniente general Donn A. Starry. Poco más de un mes después, en circunstancias paralelas a las del caso de Singlaub y tratado en gran parte de los reportajes de prensa como un evento corolario del mismo, fue el incidente ocurrido al entonces teniente general Donn A. Starry. En la víspera de su salida programada del V Comando en Alemania para asumir como comandante del Comando de Entrenamiento y Doctrina, posición ésta normalmente asignada a un general de Ejército (rango superior al de teniente general) en el Fuerte Monroe, Virginia, al general Starry le correspondió presentar un discurso en ocasión de la ceremonia de graduación en un colegio local, sin que esta conferencia recibiera la aprobación previa de los oficiales de relaciones públicas. Entre los comentarios que les dirigió a los alumnos, observó que, “En algún momento de su vida, los soviéticos van a luchar en contra de los chinos, probablemente en una guerra de mayor envergadura”, agregando a esto que los Estados Unidos probablemente también estarían involucrados. Para colmo, hizo algunos

comentarios despectivos sobre la “prensa liberal”.

El secretario Alexander se enteró inmediatamente de estos comentarios, los cuales también aparecieron en la primera plana del diario *The New York Times*. Alexander le ordenó al general Starry postergar la licencia que había pedido para el período entre destinaciones, para presentarse lo más pronto posible en el Pentágono para explicar los comentarios que se le habían atribuido.

Los resultados de la entrevista entre los dos no fueron divulgados al público, pero evidentemente el general Starry no sufrió más castigo que la humillación que le causó la gran publicidad que recibieron sus observaciones. Asumió la destinación prevista en el Comando de Entrenamiento y Doctrina, donde sirvió por un período de cuatro años. En el año 1983, el general Starry concluyó una distinguida carrera militar de 35 años de duración, pasando a situación de retiro mientras servía como comandante en jefe del Comando de Alistamiento, con el grado de general de Ejército. A diferencia del general Singlaub, a quien se le había acusado de contradecir la política de defensa nacional en vigencia, al general Starry no se le cargó de nada más grave que la expresión de su opinión personal sobre asuntos relativos a la seguridad nacional, sin haber recibido la autorización adecuada previo a su exposición.

Los dos casos provocaron un frenesí de memorándums admonitorios del Pentágono, cuyo objetivo era el de advertir a los oficiales para que se aferraran a la política oficial en todos sus comentarios públicos. El asistente secretario de defensa para Relaciones Públicas, el Sr. Thomas Ross, sintetizó las lecciones como sigue: “Es posible extraer una lección correcta y una equivocada. . . La lección correcta es que los militares no deberían oponerse abiertamente a una política establecida. La lección equivocada es los militares deberían evitar comunicarse con la prensa”.

General de división Robert Schweitzer. El día 19 de octubre de 1981, el entonces general de división Robert Schweitzer, asesor militar jefe en el Consejo de Seguridad Nacional, tuvo la oportunidad de presentar un discurso en ocasión de la reunión anual de la Asociación del Ejército de EE.UU. Su discurso, el cual no había sido aprobado por los funcionarios correspondientes en la Casa Blanca, fue obviamente producto de la época de la Guerra Fría.

Entre otras cosas, el general declaró que los “soviéticos están en movimiento [y] van a atacar”, y que los Estados Unidos “enfrentan el mayor peligro que han visto desde la época de su fundación”. Previó un curso que llevaría inexorablemente a la guerra porque la Unión Soviética, por primera vez, disfrutaba de la “superioridad en cada parte de la tríada estratégica”. También hizo comentarios ominosos sobre Polonia (existe “una amenaza incuestionable” de una invasión soviética); el

Los generales Omar Bradley (izquierda) y J. Lawton Collins.



No obstante la filosofía lealista adoptada por varios respetados líderes de la II Guerra Mundial, tales como los generales Omar Bradley, J. Lawton Collins y George Marshall, quienes acataban incansablemente el principio de nunca contradecir al comandante en jefe en público, las exigencias del Congreso en sus funciones legislativas e investigadoras, han resultado en la moderación de posiciones tan inmutables. Aunque los oficiales pueden manifestar su desacuerdo con la administración sobre ciertas políticas específicas, la siguiente aproximación ha sido cada vez más comúnmente adoptada: a los oficiales se les pide dar testimonio primero para aclarar la política oficial y afirmar su intención de llevarla a efecto; luego, si es que se les pide su opinión personal, la pueden expresar siempre y cuando acoten que es su propia perspectiva y no la de la administración.

Caribe (la región “se encuentra en llamas”); un pacifismo desenfrenado (los obispos y los cleros estadounidenses “se han mostrado extremadamente poco dispuestos a ayudar”); el Oriente Medio (puede producirse una “fuerte reacción” en los Estados Unidos si no se solidificara la venta a Arabia Saudita del sistema aéreo de advertencia y control); y la prensa (“a veces inventan las noticias, o al menos las exageran”). El periodista Michael Getler citó estos comentarios con lujo de detalles en la primera plana de *The Washington Post*, en un artículo titulado “NSC Aide Sees ‘a Drift Toward War’” (Un asistente del Consejo de Seguridad Nacional percibe un curso hacia la guerra).

El Sr. Richard Allen, entonces director del Consejo de Seguridad Nacional, instantáneamente relevó al general Schweitzer de su posición en el Consejo, ostensiblemente por haber dejado de obtener la aprobación requerida antes de presentar su discurso, y los portavoces

de la Casa Blanca reaccionaron con igual velocidad para distanciar la administración de Reagan de los comentarios inflamatorios y opiniones morbosamente pesimistas del general. Con todo, la columnista Mary McGrory pudo penetrar dichas tácticas de disimulación, señalando que en su esencia, los comentarios del general Schweitzer no se desviaron del tono de las enunciaciones y de las políticas que desde hacía ya mucho tiempo emanaban de la Casa Blanca de Reagan.

LAS CIRCUNSTANCIAS de la despedida del general Schweitzer prestan credibilidad a la sospecha de que fue relevado más bien por motivos de relaciones públicas, que por diferencias reales en cuanto a la esencia de la política. Después de su relevo, el presidente Ronald Reagan lo llamó por teléfono para felicitarle por el excelente servicio como integrante del Consejo de Seguridad Nacional. Posteriormente, el Sr.

El general Patton encontró casi imposible hablar por mucho tiempo con los periodistas sin que de alguna manera causara un contratiempo internacional. El general Schwarzkopf, a modo de contraste, era capaz de improvisar largas exposiciones en sus conferencias de prensa transmitidas diariamente a un público internacional durante toda una campaña, sin nunca soltar ni una palabra desacertada. La habilidad de comunicarse a través de los medios noticieros sin inflamar al mundo no es indicio de la afeminación, ni es señal de la vanagloria subrepticia. Es simplemente un requisito previo para quienes aspiren a posiciones de liderazgo, aunque tengan o no las botas cubiertas de barro.

Allen organizó una ceremonia de despedida en la Oficina Oval, ocasión en la cual el presidente Reagan se despidió personalmente del general en los términos más amistosos. El secretario de defensa estuvo presente. Se sacaron fotos. El presidente y el general Schweitzer conversaron sobre sus respectivas heridas que habían sufrido al servicio de la nación. Se insinuó muy claramente que Schweitzer habría de seguir adelante en su carrera militar.

Aunque fue despedido el día 20 de octubre de 1981, Schweitzer continuó trabajando en su escritorio en la Casa Blanca hasta el mes de diciembre, para así completar el trabajo que le quedaba. Según un artículo escrito por George C. Wilson y publicado en *The Washington Post* el 16 de diciembre de 1981, titulado "Fired NSC Aide Remained on Job" (Asistente despedido del Consejo Nacional de Seguridad sigue trabajando), "Las frecuentes idas y venidas del general, vestido de civil, a la oficina en la Casa Blanca que anteriormente ocupaba, han llegado a considerarse como un chiste entre sus ex colegas con el pasar de las semanas después de la divulgación de su despedida".

No fue sino hasta el mes de enero del próximo año que finalmente recibió su nueva asignación, al puesto de asistente especial del jefe de estado mayor del Ejército para operaciones y planes. El general Schweitzer posteriormente fue ascendido al grado de teniente general y pasó a situación de retiro en 1986, dando por terminada una distinguida carrera militar de 35 años de duración. A quién busque a un oficial del Ejército que optara por ser relevado con gran publici-

dad y fanfarronada sobre un discurso vergonzosamente imprudente, el general Schweitzer le servirá de ejemplo sobresaliente.

Los oficiales del Ejército y sus experiencias aquí descritos, de ninguna manera constituyen una lista completa de todos cuyo ejercicio de la libertad supuestamente garantizada por la primera enmienda provocó conflictos con sus superiores; también son ilustrativos los casos del coronel Billy Mitchell, el general de división Leonard Wood, el general Matthew Ridgway, el teniente general Arthur Trudeau, el general de división Edwin Walker, el teniente general Stanley (Swede) Larsen, el teniente coronel Melvin Voorhees. Sin embargo, los ejemplos aquí presentados son lo suficientemente representativos como para permitirnos establecer varios axiomas, basados en el sentido común, que rigen las declaraciones públicas de los oficiales militares. Si bien cualquiera de estos axiomas quizás le parezca evidente de por sí al lector, resulta asombroso contemplar cuántas veces han sido violados incluso por los líderes más sofisticados en otros sentidos.

- *Acatar el reglamento.* Adhiérase estrictamente a los procedimientos establecidos en el manual *Army Regulation 360-5, Public Information*, para recibir la aprobación oficial previo a la presentación de cualquier discurso y a la publicación de cualquier escrito. Entre las exigencias plasmadas en dicho manual se encuentra el requisito de que los oficiales con el grado de general no se desvíen de un texto previamente preparado y aprobado cuando les toque hablar en público. Aquellos oficiales que se desempeñan desde el rango de teniente general hacia arriba deben recibir la aprobación de la Oficina del Asistente del Secretario de Defensa para Relaciones Públicas. Un discurso o publicación preparado por un integrante del Ejército en condición de Servicio Activo y que guarde relación con la política del exterior, debe ser aprobado a nivel de departamento institucional o incluso a niveles más altos.

- *No se deje apartar del texto aprobado.* Una vez que el texto reciba la debida aprobación, asegúrese de que el orador no se desvíe de lo escrito en su presentación. Tenga cuidado con cualquier desviación espontánea de un orador dispuesto a insertar sus propios toques humorísticos y comentarios sobre controversias políticas. Integre el aporte del oficial de relaciones públicas como contribuyente y asesor activo a través de todas las fases del ciclo completo, incluyendo las de redacción, aprobación y presentación.

- *Conozca las reglas fundamentales.* Antes de hablar, el orador debe establecer o confirmar por su propia cuenta las reglas básicas a ser acatadas tanto por sí mismo como por el público o entrevistador, respecto a la cuestión de si se le puede atribuir sus comentarios en

Hiroshima, Japón, tras la explosión de la primera bomba atómica el 5 de agosto de 1945.



El almirante William Leahy, afortunadamente tras puertas cerradas, le aseveró al presidente Truman a principios del año 1945 —el año de Hiroshima y Nagasaki— que el intento de fabricar una bomba atómica era “la cosa más estúpida que jamás hemos hecho. . . . La bomba nunca va a explotar, y eso se lo digo como experto en explosivos”.

un relato posterior en los medios noticieros. Si existe una diferencia entre las reglas impuestas durante la presentación principal y las vigentes en la sesión de preguntas, asegúrese de que todos los participantes estén informados al respecto. Nunca se puede presumir que un público mayoritariamente uniformado, implique la completa libertad de hablar con franqueza sobre cualquier tema.

- *No conteste una pregunta inapropiada ni una pregunta sobre temas muy controvertidos.* Nunca, en su afán por expresarse con honestidad y franqueza, debería uno considerar que evitar una pregunta de esta índole sea una muestra de cobardía o deshonra.

- *No se deje apartar de cuestiones de defensa y su propio campo de pericias.* Cualquier oración pública debería limitarse a temas militares, especialmente a aquellos relacionados específicamente con las responsabilidades y competencias del orador. Evite toda discusión de la política del exterior y de asuntos internos, pues éstos son asuntos de incumbencia exclusiva del presidente y de los secretarios correspondientes del gabinete. En la práctica, en los niveles más altos muchas veces resulta difícil separar los temas militares y los no

militares; no obstante, hay que tener este ideal en mente en todo momento que le toque hablar.

- *No manifieste nunca cualquier falta de respeto para con las autoridades civiles.* Tenga siempre en cuenta la existencia del Artículo 88 del Código Uniforme de la Justicia Militar, el cual prohíbe el uso de palabras rencorosas en cualquier referencia al presidente, el vicepresidente, el Congreso, el secretario de defensa y otros funcionarios civiles. Cualquier violación de este principio, aunque fuere en broma, inevitablemente acarrea problemas.

- *Evite enunciar profecías sensacionalistas.* A menos que uno posea una verdadera bola de cristal, debe resistir la tentación o de espeluznar a un público con sus visiones horripilantes de calamidades futuras o de seducirlo con perspectivas exageradamente optimistas de una especie de nirvana inminente. Tales profecías bien pueden ponernos a todos en ridículo. El almirante William Leahy, afortunadamente tras puertas cerradas, le aseveró al presidente Truman a principios del año 1945 —el año de Hiroshima y Nagasaki— que el intento de fabricar una bomba atómica era “la cosa más estúpida que jamás hemos hecho. . . . La bomba nunca va a

explotar, y eso se lo digo como experto en explosivos”.

- *No espere que sus “derechos” lo protejan.* Al contemplar la posibilidad de hacer un comentario arriesgado en un foro público, no se preocupe excesivamente por sus derechos legales ni por lo que puedan hacer las cortes en beneficio suyo. De todos los oficiales del Ejército entrevistados, cuyas palabras malaconsejadas pusieron sus carreras en peligro, sólo dos —Billy Mitchell y Melvin Voorhees— se sometieron a un consejo de guerra. Salvo los oficiales más afortunados, tales como el almirante Hyman Rickover cuyos fuertes aliados en el Congreso lo protegieron contra una eventual represión, la burocracia fácilmente puede descubrir otros canales a través de los cuales puede castigar a un oficial que les hace caso omiso a las reglas.

- *Mientras más uno asciende en la jerarquía, más atención atraen sus palabras.* Por lo general, mientras más uno asciende en la jerarquía de rangos y puestos militares, más debe medir sus pronunciamientos públicos. Las opiniones de quienes se desempeñan en niveles inferiores en raras ocasiones despiertan el interés del público, pero si un general mete la pata, los periodistas no lo dejan en paz.

- *No espere hasta tal momento que su posición le exija perfeccionar el arte de la oratoria para comenzar a hacerlo.* Este punto está relacionado con el anterior. Como parte del proceso permanente de formación profesional, uno debería hacer un esfuerzo concienzudo por desarrollar un “oído” sensible que le facilite saber qué decir en público y cómo expresarlo. Si espera hasta que se encuentre embrollado en alguna polémica, ya será muy tarde. Resulta sorprendente observar cuánto varían los grandes comandantes en este sentido. El general Patton encontró casi imposible hablar por mucho tiempo con los periodistas sin que de alguna manera causara un contratiempo internacional. El general Schwarzkopf, a modo de contraste, era capaz de improvisar largas exposiciones en sus conferencias de prensa transmitidas diariamente a un público internacional durante toda una campaña, sin nunca soltar ni una palabra desacertada. La habilidad de comunicarse a través de los medios noticieros sin inflamar al mundo no es indicio de la afeminación, ni es señal de la vanagloria subrepticia. Es simplemente un requisito previo para quienes aspiren a posiciones de liderazgo, aunque tengan o no las botas cubiertas de barro.

- *Marque la distinción entre la opinión personal y la política oficial.* Si, por cualquier motivo en un foro público, uno adopta una posición contraria a la política anunciada, siempre debe avisar a sus oyentes de que está expresando una opinión personal, más bien que una posición oficial. Aunque así lo aclare, esto no siempre le permite hablar con impunidad porque un oficial de se desempeña en un nivel muy alto habrá perdido el lujo

de poder expresar un punto de vista independiente en público. Una vez que un oficial acepte un puesto en la Junta de Jefes del Estado Mayor Conjunto o como asesor militar ante el Consejo Nacional de Seguridad, por ejemplo, integra el “equipo” de la administración, y subsecuentemente se le exigirá expresar su disensión sólo en foros internos.

- *Sea honesto con el Congreso, sin dejar de acentuar la posición de la administración.* La obligación de dar testimonio ante el Congreso presenta el mayor desafío de todos. Así como anteriormente se mencionó, la administración querrá que los oficiales militares de alto mando se muestren conformes con la política oficial, no importando sus propias convicciones, al mismo tiempo que los integrantes de un comité del Congreso querrán que les revele sus verdaderas convicciones, aún cuando no coincidan con la política oficial. No obstante la filosofía lealista adoptada por varios respetados líderes de la II Guerra Mundial, tales como los generales Omar Bradley, J. Lawton Collins y George Marshall, quienes acataban incansablemente el principio de nunca contradecir al comandante en jefe en público, las exigencias del Congreso en sus funciones legislativas e investigadoras, han resultado en la moderación de posiciones tan inmutables. Aunque los oficiales pueden manifestar su desacuerdo con la administración sobre ciertas políticas específicas, la siguiente aproximación ha sido cada vez más comúnmente adoptada: a los oficiales se les pide dar testimonio primero para aclarar la política oficial y afirmar su intención de llevarla a efecto; luego, si es que se les pide su opinión personal, la pueden expresar siempre y cuando acoten que es su propia perspectiva y no la de la administración.

LOS AXIOMAS precedentes, si se aplican con buen juicio y discreción, pueden permitir a los oficiales profesionales de hoy en día beneficiarse de las experiencias vividas por sus antecesores. Sin embargo, resulta importante entender que no existe un conjunto de reglas capaz de disolver por completo la tensión inherente de la identidad dual del soldado. Como soldado, uno debe tener permanentemente presente las limitaciones impuestas a su libertad de expresión, aceptar la necesidad de infringir esta libertad para proteger la información secreta, garantizar la seguridad operacional, promover la disciplina y el buen orden, apoyar a la cadena de mando en el cumplimiento de la misión asignada, y fomentar los factores de lealtad, cohesión y espíritu de cuerpo; todo lo anterior, en aras de adelantar los objetivos institucionales del Ejército y de las Fuerzas Armadas. En pocas palabras, debe defender la Constitución y cumplir con los deberes de su oficio militar.

Por otra parte, como un ciudadano patriótico de un país democrático, debe estar consciente de los ámbitos

sorprendentemente extensos en los cuales puede ejercer la libertad de expresión, permitiendo que la ciudadanía general disfrute de sus pericias profesionales especiales, de tal forma que el Congreso, al que le incumbe promulgar las leyes que afectan nuestra seguridad nacional, y los votantes, a quienes les corresponde elegir al Congreso, puedan actuar con el pleno beneficio de la perspectiva políticamente neutral y técnicamente informada del soldado.

En su esfuerzo por mediar los impulsos muchas veces conflictivos de la reticencia del soldado, por un lado, y de la franqueza del ciudadano, por otro, el oficial profesional se puede apoyar en la asistencia brindada por la guía oficial, explicitada en los reglamentos de seguridad y en el Código Uniforme de la Justicia Militar, por nombrar dos ejemplos excelentes. Pero aún existe una vasta "área gris" de asuntos de "política y discreción" respecto a los cuales el Ejército y la administración naturalmente pretenderán conformarse en una posición aprobada, impidiendo que cada integrante individual manifieste su propia posición.

El resultado puede ser una maraña de intereses, obligaciones y valores conflictivos, todo lo cual se refleja dentro de una persona: el avance profesional contra el profesionalismo desinteresado, los intereses del Ejército contra aquéllos de la nación y de la población, la lealtad a la administración contra la obligación ante el Congreso, los ideales del Ejército contra los de las fuerzas conjuntas, y otros por el estilo.

En última instancia, la resolución exitosa de tales conflictos internos les exige a los oficiales del Ejército abandonar el dominio de las reglas e ingresar en el de la consciencia; deben dejar al lado el ideal de la valentía física para hacer resaltar el de la valentía moral; deben disminuir el valor de la perspicacia prudencial y elevar el valor de la claridad ética.

Por más paradójico que parezca, si hemos de garantizar las libertades de todos los ciudadanos estadounidenses, nosotros como nación debemos reducir las libertades concedidas a unos cuantos, siendo éstos los pocos selectos que llevan armas en defensa de la patria. Sin embargo, reducir sus libertades dista mucho de abolir-

las, así como las cortes lo han confirmado en repetidas ocasiones. En lo relacionado con la libertad de expresión, ésta se limita para el soldado solamente en determinadas situaciones, en las cuales se le reduce esta libertad sólo en la medida que sea necesario para el buen desempeño de sus funciones militares. En otros ámbitos, la libertad de expresión debe ser tan celosamente resguardada para el soldado como lo es para cualquier otro ciudadano.

Es precisamente la libertad de expresión lo que da lugar al debate vigoroso entre los soldados sobre el debido curso de acción hasta el momento que se tome una decisión. Es la libertad de expresión que les permite a los soldados darles asesoría militar profesional con honestidad a sus superiores civiles en la cadena de mando. Es la libertad de expresión que les permite a los soldados proponer ideas innovadoras en las revistas militares. Es la libertad de expresión que les permite a los soldados entregarles al Congreso y a los votantes norteamericanos la perspectiva experta e imparcial de un profesional militar. Cualquier ejército que deje de instituir tales disposiciones liberales para asegurar que sus integrantes disfruten de la libertad de expresión será una fuerza retrógrada y regresiva, y cualquier nación que corra el riesgo de depender de tal fuerza para garantizar su seguridad comparte la suerte de mentes inmovilizadas e imaginaciones momificadas.

Así como lo demuestran sobradamente los estudios de casos anteriormente presentados, los oficiales del Ejército nunca podrán conciliar completamente las exigencias muchas veces conflictivas de la libertad de expresión y la disciplina institucional. Empero si logran cultivar tales virtudes como la valentía moral, la claridad ética y una fuerte consciencia profesional, obtendrán indudablemente una ventaja considerable. Armados de estas cualidades, los líderes del Ejército incuestionablemente reivindicarán la convicción de los redactores de la Constitución, en el sentido de que el derecho de nuestros ciudadanos de expresarse libremente puede coexistir con su obligación de defenderse. **MR**

El coronel (R) Lloyd J. Mathews, del Ejército de los EE. UU., escribe para varias publicaciones militares. El coronel Mathews recibió su grado de bachiller universitario de la Academia Militar de los EE. UU. (USMA), un grado de Maestría de la Universidad de Harvard y un grado de Doctor en Filosofía de la Universidad de Virginia. Se graduó de la Escuela Superior de Guerra. Ha desempeñado una diversidad de cargos de comando y de estado mayor en el territorio continental de los EE. UU., entre ellos, el de redactor jefe de la revista Parameters, publicación trimestral de la Escuela Superior de Guerra en Carlisle Barracks, Pennsylvania; Vicedecano adjunto de la USMA, en West Point, Nueva York; y comandante de batallón, 2º Batallón, 1ª Brigada de Entrenamiento Básico de Combate, Fuerte Ord, California. Fue Redactor Subjefe de The Parameters of Military Ethics y The Challenge of Military Leadership.